

GAYLE LYNDS

LA
BIBLIOTECA
DE
ORO

Título original: *The Book of Spies*
Editado en los EE.UU. de América por St. Martin's, 2010

Primera edición: 2013

© 2010 by Gayle H. Lynds 2007 Revocable Trust.
Autora representada por Casanovas & Lynch Agencia Literaria, S.L.
info@casanovaslynch.com
© de la traducción: Alejandro Pareja, 2013
© de esta edición: Bóveda, 2013
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-15497-45-5
Depósito legal: SE-4680-2012
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	15
------------------------------	----

Primera parte. LA CACERÍA

<i>Capítulo 1</i>	19
<i>Capítulo 2</i>	23
<i>Capítulo 3</i>	32
<i>Capítulo 4</i>	39
<i>Capítulo 5</i>	52
<i>Capítulo 6</i>	61
<i>Capítulo 7</i>	67
<i>Capítulo 8</i>	77
<i>Capítulo 9</i>	87
<i>Capítulo 10</i>	98
<i>Capítulo 11</i>	103
<i>Capítulo 12</i>	110
<i>Capítulo 13</i>	120
<i>Capítulo 14</i>	129
<i>Capítulo 15</i>	137
<i>Capítulo 16</i>	140

<i>Capítulo 17</i>	143
<i>Capítulo 18</i>	146
<i>Capítulo 19</i>	154
<i>Capítulo 20</i>	162

Segunda parte. LA CARRERA

<i>Capítulo 21</i>	171
<i>Capítulo 22</i>	178
<i>Capítulo 23</i>	184
<i>Capítulo 24</i>	189
<i>Capítulo 25</i>	197
<i>Capítulo 26</i>	206
<i>Capítulo 27</i>	209
<i>Capítulo 28</i>	221
<i>Capítulo 29</i>	230
<i>Capítulo 30</i>	237
<i>Capítulo 31</i>	245
<i>Capítulo 32</i>	257
<i>Capítulo 33</i>	267
<i>Capítulo 34</i>	272
<i>Capítulo 35</i>	280
<i>Capítulo 36</i>	287
<i>Capítulo 37</i>	292
<i>Capítulo 38</i>	303
<i>Capítulo 39</i>	310
<i>Capítulo 40</i>	320

<i>Capítulo 41</i>	327
<i>Capítulo 42</i>	336
<i>Capítulo 43</i>	343

Tercera parte. LA BATALLA

<i>Capítulo 44</i>	353
<i>Capítulo 45</i>	361
<i>Capítulo 46</i>	370
<i>Capítulo 47</i>	375
<i>Capítulo 48</i>	382
<i>Capítulo 49</i>	395
<i>Capítulo 50</i>	401
<i>Capítulo 51</i>	411
<i>Capítulo 52</i>	415
<i>Capítulo 53</i>	422
<i>Capítulo 54</i>	427
<i>Capítulo 55</i>	433
<i>Capítulo 56</i>	438
<i>Capítulo 57</i>	443
<i>Capítulo 58</i>	451
<i>Capítulo 59</i>	461
<i>Capítulo 60</i>	465
<i>Capítulo 61</i>	470
<i>Capítulo 62</i>	476
<i>Capítulo 63</i>	488
<i>Capítulo 64</i>	498

<i>Capítulo 65</i>	504
<i>Capítulo 66</i>	514
<i>Capítulo 67</i>	523
<i>Capítulo 68</i>	530
<i>Capítulo 69</i>	534
<i>Capítulo 70</i>	539
<i>Capítulo 71</i>	548
<i>Capítulo 72</i>	551
<i>Capítulo 73</i>	555
<i>Capítulo 74</i>	564
<i>Capítulo 75</i>	571
<i>Epílogo</i>	585
<i>Notas de la autora</i>	598
<i>Bibliografía escogida para la Biblioteca de Oro</i> ..	612

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y hechos que se presentan en esta novela son fruto de la imaginación de la autora, o se emplean de manera ficticia.

*Dedicado a mi nieta Sophia Stone,
niña de luz y de gracia*

AGRADECIMIENTOS

Mi vida está llena de personas buenas y entregadas, y muchas de ellas me han ayudado a escribir esta novela. Debo un agradecimiento especial a mi agente extraordinaria, Lisa Erbach Vance, de la agencia literaria Aaron M. Priest; a mi editor, de categoría mundial, Keith Kahla, editor ejecutivo en la editorial St. Martin's Press, y a mi gestora y asistente polifacética Tara Stockton, que domina cuatro idiomas y se mueve por todo el mundo.

He consultado con frecuencia a la novelista Melodie Johnson Howe, que leyó heroicamente largos pasajes de la novela y me brindó sus sabios comentarios. Los escritores Kathleen Sharp y Josh Conviser colaboraron conmigo con generosidad en el estudio profundo de la delincuencia internacional. Los exagentes de la CIA Alan More y Robert Kresge (este último, también escritor) han sido unas fuentes importantes que he tenido siempre a mi disposición.

Mis hijos, sus cónyuges y una de mis hijastras comentaron el libro conmigo y me facilitaron detalles sobre la geografía y los lugares que yo no podía visitar: Paul Stone y Katrina Baum, Julia Stone y Kari Timonen, y Deidre Lynds. A los que

han seguido la historia de mi otra hijastra, Katie Lynds, les comunico aquí que sigue ingresada en un centro maravilloso para pacientes con lesiones cerebrales, y va progresando bien.

La editorial St. Martin's es como un hogar para mí, y allí estoy muy a gusto. Mi agradecimiento especial a Sally Richardson, Matthew Baldacci, Matthew Shear, Joan Higgins, John Murphy, Nancy Trypuc, Monica Katz, Brian Heller, John Karle y Kathleen Conn.

Deborah Brown, bibliógrafa y bibliotecaria de investigación de Estudios Bizantinos en la Colección y Biblioteca de Investigación Dumbarton Oaks, en Washington, D. C., me brindó una ayuda inmensa en el estudio de la historia apasionante de la Biblioteca de Oro. Otras personas con las que estoy en deuda son Kathleen Antrim, Barbara Paul Blume, Steve y Liz Berry, Ray Briare, Lee Child, Julian Dean, David Dun, Emily Erikson y Joe Ligman, Yogiraj Gurunath, David Hewson, Bones Howe, Randi y Doug Kennedy, Bill McDonald, David y Donna Morrell, Naomi Parry, M. J. Rose, Elaine y George Russell, Jim Rollins, Greg Stephens, Tom y Alexandra Leslie, Steve Trueblood y Diane Vogt.

Al lector de esta novela quizá le agrada saber que algunos de sus personajes llevan los nombres verdaderos de lectores que participaron en un concurso en mi sitio web. Estos tuvieron la bondad de enviarme por correo electrónico la autorización correspondiente para que emplease sus nombres en el libro... ya fuera en el papel de bueno, de malo o de muerto. No diré cuáles son. Eso es lo que se llama suspense.

Gracias a todos y a cada uno.

PRIMERA PARTE

LA CACERÍA

Cuando Julio César se dirigía al Senado, le entregaron en mano una nota. Sus espías habían trabajado bien y le comunicaban la conjuración para matarlo y la lista de los conjurados. Por desgracia, César tenía prisa y no leyó la nota. Una hora más tarde, fue asesinado.

De la traducción del *Libro de los Espías*

En el mundo oscuro del espionaje, no siempre es fácil saber si has descubierto un secreto o no.

Revista *Time*, 9 de enero de 2006

CAPÍTULO 1

UNA BIBLIOTECA PODÍA SER UN LUGAR PELIGROSO. EL BIBLIOTECARIO recorrió con la mirada a los diez hombres, vestidos con esmóquines bien cortados, que estaban sentados cómodamente alrededor de la larga mesa ovalada que ocupaba el centro de la sala. A su alrededor, las paredes estaban llenas desde el suelo hasta el techo de magníficos manuscritos iluminados, más de mil. Sus encuadernaciones espectaculares, recubiertas de oro, estaban dispuestas hacia el exterior, para exhibir las piedras preciosas que las decoraban, que valían una fortuna.

Aquellos hombres eran miembros del club de bibliófilos que poseía y manejaba la Biblioteca de Oro secreta, donde se celebraba siempre la cena anual. El acto final era el torneo, en el que cada uno de los miembros ponía a prueba al bibliotecario proponiéndole una pregunta. Los hombres saboreaban el coñac, rodeados de montañas de libros, en aquella atmósfera que vibraba de luz dorada. Observaban atentamente al bibliotecario.

—Trajano —planteó el jurista internacional de Los Ángeles—, del 53 al 117 de nuestra era. Trajano fue uno de los

emperadores guerreros más ambiciosos de la antigua Roma, pero pocos saben que, además, tenía veneración por los libros. El monumento más destacado que erigió en recuerdo de sus victorias militares es la llamada Columna Trajana. La hizo levantar en el patio situado entre dos galerías de la Biblioteca de Roma, que también era obra suya.

Pareció como si la sala contuviera la respiración, expectante. El bibliotecario se pellizó la chaqueta del esmoquin. Tenía casi setenta años y era un hombre aseado, de rostro arrugado. Tenía el pelo ralo, grandes gafas y una sonrisita perpetua en los labios.

La tensión fue en aumento mientras él reflexionaba.

—Está claro —dijo por fin—. Escribió sobre ello Dión Casio Coceyano.

Se dirigió a los estantes donde se guardaban los ochenta volúmenes de la historia de Dión Casio, la *Romaika*, recopilada en los siglos II y III y transcrita por un calígrafo bizantino en el siglo VI.

—Aquí está la historia, en el volumen setenta y siete. La mayor parte de la historia de Dión Casio se ha perdido. En nuestra biblioteca se conserva el único ejemplar completo.

Mientras los miembros del grupo exclusivo reían con agrado, el bibliotecario puso el grueso volumen en manos del interrogador, que acarició los ópalos y zafiros que estaban engastados en su cubierta. Contemplando con aprecio el libro dorado, lo dejó de pie junto a su copa de coñac. Ya había otros ocho manuscritos iluminados de pie junto a otras tantas copas de coñac. Cada uno daba fe del conocimiento profundo de la literatura antigua y medieval por parte del bibliotecario, así como del valor inapreciable de la biblioteca misma.

Ya solo quedaba el décimo miembro, el director en persona. Sería él quien formularía la última pregunta del torneo.

Los hombres se sirvieron más coñac. Su cena anual era, intencionadamente, de una teatralidad deslumbrante. Horas antes de que se sirviera el primer martini habían llegado de Johannesburgo, en *jet* privado, diez patos salvajes recién cazados. Se traía a los cocineros en avión desde París, con los ojos vendados, por supuesto. El menú era exquisito, de siete platos, entre ellos mollejas trufadas con castañas. Los vinos y licores eran de los mejores; el coñac de aquella noche era un Louis XIII de Rémy Martin que, en el mercado actual, costaba más de mil dólares la botella. Todos los licores del club de bibliófilos procedían de la propia bodega del club, a la que habían ido contribuyendo sus miembros anteriores y cuya calidad era indiscutible.

El director carraspeó, y todos volvieron la mirada hacia él. Era estadounidense y había llegado en avión de París aquella misma mañana. El ambiente de la sala cambió y se volvió amenazador, de algún modo.

El bibliotecario se concentró, atento.

El director lo miró fijamente.

—Salah al-Din, también llamado Saladino, del 1137 o 1138 al 1193 de nuestra era. El general Saladino, musulmán kurdo, era célebre por su red de espías. Una noche, en Asiria, su enemigo, Ricardo Corazón de León, se acostó en su tienda, custodiada por todas partes por sus caballeros ingleses. Rodearon la tienda de una franja de ceniza blanca, tan ancha que nadie podría atravesarla sin dejar huellas. Pero cuando se despertó Ricardo, había aparecido junto a su cama un melón que tenía una daga clavada hasta la empuñadura. La hoja bien podría estar clavada en el corazón de Ricardo. Era una advertencia que le dejaba Saladino, por mano de uno de sus espías. El espía escapó sin dejar rastro y sin que lo atraparan.

Las miradas volvieron a clavarse en el bibliotecario. Este se había ido poniendo más tenso a cada palabra. La puerta que

estaba a su espalda se abrió sin hacer ruido. El bibliotecario volvió la vista y vio entrar en la sala a Douglas Preston. Preston era el jefe de seguridad de la biblioteca, hombre alto y musculoso, experto en armas y que se tomaba en serio su labor. No iba de esmoquin; llevaba su cazadora de cuero y sus pantalones vaqueros habituales. Cosa rara, traía en la mano una toalla.

El bibliotecario se dirigió a otra estantería, al fondo de la sala, mientras se esforzaba por hablar sin que le fallara la voz.

—El relato se encuentra en el *Sirat Salah al-Din*, la *Vida de Saladino*...

—Tiene razón, por supuesto —lo interrumpió el director—. Pero yo quiero otro manuscrito. Tráigame el *Libro de los Espías*.

El bibliotecario se quedó inmóvil, con la mano extendida hacia el volumen. Se volvió. Los hombres tenían los rostros indignados, implacables.

—¿Cómo se han enterado? —susurró.

Nadie respondió. Había tal silencio en la sala, que el bibliotecario pudo oír las pisadas de zapatos con suela de goma blanda. Antes de que hubiera tenido tiempo de volverse de nuevo, la toalla de Preston le cayó sobre el cráneo, cubriéndole los ojos y la cabeza. Sonó la estrepitosa detonación de un disparo, y él sintió una erupción de dolor en la cabeza. Mientras caía, comprendió que el jefe de seguridad le había dado un justo aviso de lo que le esperaba, empleando una técnica de la época moderna de la Secta de los Asesinos: la toalla era para cubrir los orificios de entrada y de salida, evitando las salpicaduras de sangre y de hueso. El club de bibliófilos lo sabía.